

único medio que tenemos es, que así nos lo refieran hombres entendidos y veraces que lo hayan visto con sus propios ojos, u oído al menos de boca de testigos que merezcan toda fé. Esto sucede con los milagros de Jesucristo: pues que aun mirando la Sagrada Escritura no mas que como un libro cualquiera, siempre resulta que son dignos de fé hombres que nos refieren lo que ellos han visto; que lo dicen en presencia de los enemigos del nombre de Jesus, quienes sin duda los hubieran desmentido, si se hubiesen arrojado á mentir; hombres que tan convencidos estaban de lo que decian, que murieron en los patibulos por sostenerlo. ¿Puede darse mejor prueba de que un hombre cree lo que dice, que el morir con muerte afrentosa para sostener lo que dice?

### CAPITULO XVI.

EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECIAS ES OTRA PRUEBA DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Otra de las pruebas de que Jesucristo era enviado por Dios, son las profecías que se cumplieron en él de un modo tan visible. Las cosas que han de venir y que no tienen ningun enlace necesario con las que han sucedido, solo Dios es capaz de conocerlas. Puede el hombre saber que mañana saldrá el sol, porque esto es lo que sucede de continuo por el mismo orden de la naturaleza; puede tambien pronosticar que lloverá, que habrá tempestad, que habrá buena ó mala cosecha todo con mas ó menos probabilidades de acierto, segun sean los indicios en que se funde la conjetura; pero saber que de aquí á quinientos, ó á mil ó dos mil años haya de nacer un hombre en tal lugar y de tal manera, pronosticando circunstanciadamente el modo con que ha de vivir, padecer y morir, la propagacion de su doctrina por-toda la tierra, la sociedad que ha de formar-

se de sus discípulos; en una palabra, predecirlo todo con tanta claridad y precision como si estuviera sucediendo, ¿quién puede hacerlo sino Dios?

Si en algun hombre se verifican semejantes profecías, y si en ellas se nos dice que este hombre será el Salvador del mundo, que nos llevará la luz y la gracia, que será el Hijo de Dios, y Dios como su Padre, cuando venga este hombre en quien se cumplan todas las señales de un modo admirable, ¿no habremos de pensar que aquellas predicciones han dimanado de Dios, y que aquel hombre es enviado de Dios? Todo esto se verificó en Jesucristo, y de tal manera, que á veces leyendo los profetas parece que estamos leyendo historiadores. El tiempo en que vino al mundo, el lugar de su nacimiento, la persecucion de Herodes, la huida á Egipto, el tenor de su vida, su conducta, sus modales, su predicacion, sus milagros, sus padecimientos, su muerte, la propagacion de su doctrina, la fundacion y duracion de su Iglesia, todo se halla pronosticado de muchos siglos antes, y con una precision que asombra. Los libros de la Sagrada Escritura andan en manos de todo el mundo; el Viejo Testamento y el Nuevo, comparados entre sí, hacen resaltar esta verdad tan clara como la luz del dia. Aquí no se trata de mirarlos como libros sagrados, basta considerarlos como los de Herodoto, de Tucídedes ú otro libro cualquiera; cotejar las fechas de las predicciones y de los acontecimientos, y ver si lo que sucedió en Jesucristo estaba pronosticado ya muchos siglos antes de que él viniese al mundo.

### CAPITULO XVII.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

No solo se cumplió en Jesucristo todo lo que de él

habian anunciado los profetas, sino que él mismo hizo varias profecías, y todas las vemos cumplidas con una exactitud sorprendente. Antes de morir pronostica la ruina de Jerusalem y con palabras que indicaban una catástrofe espantosa; y en efecto al cabo de algunos años fué destruida Jerusalem, y sabemos por los historiadores profanos que en el sitio y toma de la ciudad, sucedieron tantos horrores que los cabellos se erizan al leerlo. Anunció Jesucristo á sus apóstoles los trabajos, los tormentos y la muerte que habian de sufrir por su nombre; y nadie ignora que los apóstoles anduvieron por el mundo sellando con sus padecimientos y su sangre la fé del divino Maestro. Predijo tambien que su Iglesia se estenderia admirablemente y que no pereceria jamas, à pesar de todas las contradicciones del infierno; y así ha sucedido y lo estamos viendo con nuestros ojos y palpando con nuestras manos.

¡Qué mas se quiere para convencerse de que Jesucristo era realmente enviado de Dios, y de que, como nos dijo él mismo y nos dice nuestra Santa Madre la Iglesia católica, era Hijo de Dios y Dios como su Padre, y por consiguiente de que la doctrina que él vino á enseñar al mundo es la pura verdad, pues que siendo Dios no podia engañarse ni engañarnos?

¡Cuán lamentable ceguera es la de aquellos infelices que se empeñan todavia en cerrar los ojos á tan luminosas verdades! Hacen alarde de no creer nada, dicen orgullosamente que todo esto son preocupaciones, y en su vida quizás han leído un libro de aquellos en que se prueba la verdad de la Religion: y todo el fundamento que tienen para no creer, es el haber oido cuatro necedades de boca de algun hablador ignorante. ¡Ah! compadezcámonos de su miserable ceguera, y veamos si podemos lograr que al menos nos escuchen, que si esto logramos, no será difícil, con la gracia de

Dios, el que vuelvan á entrar en el rebaño de la Iglesia.

### CAPITULO XVIII.

ARGUMENTO IRRECUSABLE Á FAVOR DE LA DIVINIDAD DE LA RELIGION CRISTIANA.

Despues de haber presentado tan convincentes pruebas de la verdad de la Religion cristiana, concluiremos con una que se presenta de bulto á los ojos de todo el mundo, y para cuya comprension no se necesita ni consultar la Sagrada Escritura, ni los Santos Padres, ni leer la historia profana, ni examinar los milagros que hizo Jesucristo, ni las profecías que le enunciaron, sino únicamente dar una mirada á hechos que nadie disputa.

Para mayor inteligencia supondremos que nada sabemos de cierto sobre las demas pruebas que manifiestan de un modo irrefragable la verdad de la Religion. Nadie niega, ni aun los mismos impíos, que Jesucrista cambió la faz del mundo entero; el mundo era idólatra y se volvió cristiano. Nadie puede dudar tampoco, pues que lo vemos con nuestros ojos, que la Religion enseñada por Jesucristo dura todavia, ocupando una gran parte de la tierra; nadie pone en disputa que Jesucristo era un hombre de condicion humilde y pobre, que lo mismo eran los apóstoles, y que para el planteo y propagación de la Religion cristiana no se hizo uso de la fuerza de las armas, pues no creo que nadie haya dicho jamas que Jesucristo ni sus apóstoles fueran conquistadores; por fin, nadie puede negar que los preceptos y consejos de la Religion cristiana están en lucha abierta con nuestras pasiones, que las contrarian á cada paso, eksiéndonos con frecuencia sacrificios harto dolorosos á nuestro corazon.

Sentados estos hechos, todos incontestables, todos al alcance de todo el mundo, emplearé el argumento

de San Agustin. El cambiar la faz del universo, logrando que sin fuerza, sin armas, sin violencia de ninguna clase, se alistaran en la Religion cristiana personas de todas edades, secos y condiciones, ancianos, jóvenes, niños, ricos y pobres, sábios é ignorantes, y esto no como quiera, sino perdiendo sus haciendas, acabando sus vidas en medio de los mas crueles tormentos; conseguir que esa Religion se arraigase, se estendiese y perpetuase, á pesar de los esfuerzos de los príncipes de la tierra, de los sábios del mundo, de la resistencia de todas las pasiones; cambiar, repito, la faz del universo de tal manera, ¿lo hicieron Jesucristo y sus apóstoles haciendo grandes milagros, ó no? si fué con milagros, entonces la Religion cristiana es verdadera; si sin milagros, entonces preguntaré, si no es el mayor de los milagros el convertir el mundo sin milagros, preguntaré que si estaban locos los hombres que sin pruebas, sin ninguna señal de mision divina, sin nadie que los violentase, antes esponiéndose á morir en un patíbulo, quisieran seguir la doctrina de unos cuantos predicadores pobres, ignorantes, enviados por otro hombre que habia sido condenado al último suplicio? Esto no tiene réplica; reflexionen sobre ello los que tan ligeramente niegan la verdad de nuestra Religion, y vean si encontrarán aquí mas solidez que en los frívolos discursos de aquellos que los han engañado.

### CAPITULO XIX

SE DESHACE EL ARGUMENTO FUNDADO EN LA ESTENSION Y DURACION DEL MAHOMETISMO.

Dirán quizas algunos, que la religion de Mahoma tambien se ha estendido mucho; pero á esto responderemos que Mahoma y sus sucesores estendieron su religion por medio de las armas; sus pruebas eran la simitarra levantada sobre la cerviz de los vencidos: "o creer

ó morir" ¿Lo hacian así los apóstoles, andando solos por el mundo, sin mas armas que su cayado? Mahoma al empezar sus predicaciones era ya un hombre muy rico y poderoso, instruido al estilo de su tiempo y pais, tenido por sábio entre los suyos, y que ejercia considerable influencia; Jesucristo era de condicion humilde, no habia aprendido las letras y era tan pobre que nació en un pesebre y no tenia donde recostar su cabeza. Mahoma lejos de contrariar las pasiones, las halagó, concediendo á sus sectarios amplísima libertad en aquellas cosas que mas seducen y arrastran el corazon del hombre; pero Jesucristo lejos de halagar ninguna pasion, lejos de disculpar ningun vicio, siempre habla con entereza contra todo desarreglo, nada disculpa de malo, y muestra con su palabra y con su ejemplo el estrecho sendero de la virtud, ¿Qué tiene, pues, que ver Mahoma con Jesucristo? Al fin, bien examinada la cosa, vemos en Mahoma á un hombre ya poderoso; que por varias mañas se hace rey, que despues estiende su reino por medio de la conquista, y que impone su religion á sus vasallos, como otros conquistadores han impuesto á los vencidos otras leyes; ¿qué hay aquí de divino, de milagroso? Habrá si se quiere, astucia, habilidad, valor, ó cosas semejantes; pero sobrenatural no hay nada; nada hay que ni compararse pueda siquiera con lo ejecutado por Jesucristo.

### CAPITULO XX

SE DESHACE LA DIFICULTAD FUNDADA EN LA IDOLATRIA.

Quizás tambien no faltará quien diga que la idolatria estaba, antes de la venida de Jesucristo, estendida por casi todo el mundo, y que aun conserva sujetos á su dominio muchos pueblos de la tierra; y que de esto sin embargo no se sigue que la idolatria sea la religion verdadera.

Ya hemos visto cuán flaco es el argumento que se saca de la religion de Mahoma; pues aun es mucho mas flaco el que acabamos de proponer, fundado en la estension y duracion de la idolatría. Porque en primer lugar la idolatría no es una religion, sino un conjunto de todos los errores y monstruosidades; en unos tiempos y paises se presenta bajo una forma, en otros bajo otra muy diferente; no vemos en ella una religion planteada con un sistema arreglado, sino una informe masa de errores que se van amontonando con el tiempo, que se compone de verdades alteradas y desfiguradas, de ficciones del todo arbitrarias, de alegorias mal comprendidas, de pasiones divinizadas; pero nada vemos de uniforme, de fijo, nada que indique un plan, no solo inspirado por Dios, pero ni siquiera arreglado por un hombre.

¿Cómo, pues, se atreverá nadie á comparar con la idolatría la Religion cristiana? esa religion santa en que todo es uniforme y arreglado, todo noble, todo puro, todo grande, con aquella religion despreciable en que todo es vário, todo informe, todo mezquino, y afeado á cada paso con la negra mancha del vicio. Esa Religion divina, tan acorde con todas las luces naturales, que si bien enseña misterios superiores á la razon, nada enseña de contrario á la razon, ¿quién puede compararla con ese monstruoso conjunto de errores y delirios de la idolatría? ¿con esa turba de dioses y diosas que riñen entre sí, que se aborrecen, se envidian, se hacen la guerra, que cometen hurtos y adulterios, que se manchan con toda clase de vicios, que patrocinan la corrupcion, que se complacen en los sacrificios de sangre humana, que exigen para su culto los actos mas vergonzosos, y que arremolinados y confundidos, sin orden ni concierto, están todos sujetos á cierta divinidad ciega, inflexible, que nadie sabe lo que es, y que so-

lo se llama *destino*? Cosa que ya á primera vista tanto repugna á la razon; ¿habrá quien ose compararla con nuestra Religion augusta? Para convencerse de lo monstruoso de semejante comparacion, ¿se necesita acaso mas que abrir uno de esos libros en que se contiene la historia de los falsos dioses, y cotejarla con la doctrina del catecismo cristiano, ó con las narraciones del Viejo y del Nuevo Testamento?

## CAPITULO XXI.

## DIVINIDAD DE LA IGLESIA CATOLICA.

Hemos demostrado que Jesucristo no era un impostor, que tenia todos los caracteres de un enviado del cielo; luego todo lo que él enseñó es la pura verdad; luego lo que él prometió se cumplirá; luego la Santa Iglesia que él fundó durará, como él mismo dijo, hasta la consumacion de los siglos; luego esta Iglesia á quien prometió su asistencia no puede engañarnos, y por consiguiente debemos descansar tranquilos en su fé, sin que nos sea permitido dudar de ningun artículo de los enseñados por ella.

Esta Iglesia, en cuyo seno debemos estar, es la Iglesia católica, apostólica, romana, la que reconoce por cabeza visible al Pontífice Romano, porque no seria bastante que estuviéramos convencidos de que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, y de que vino al mundo para redimirnos, y de que todas las religiones, fuera de la cristiana, son falsas, si no estuviéramos unidos con la verdadera Iglesia, que es la católica romana. Es necesario hacer algunas aclaraciones sobre el particular, porque como las sectas separadas de la Iglesia católica se denominan tambien cristianas, seria posible que algun incauto se dejase alucinar con la santidad del nombre, y cayese en error, juzgando que basta pertenecer á una de esas sectas para alcanzar la eterna salvacion.

CAPITULO XXII

FALSEDAD DE LAS SECTAS SEPARADAS DE LA IGLESIA ROMANA.

Si se quiere manifestar el extravío en que se hallan todas las sectas separadas de la Iglesia Romana, no es necesario impugnar uno por uno todos los errores en que han caído, sino que será suficiente presentar una razón, que militando igualmente contra todas, las convezna de falsas á todas. Para esto les preguntaremos, ¿cuál es la verdadera Iglesia? es claro que han de convenir en que es aquella que habiendo sido fundada por Jesucristo y los apóstoles ha continuado hasta nosotros. Ahora bien, ¿cuál es la Iglesia que reúne semejantes caracteres? ¿es la Iglesia Católica Romana, ó alguna de las otras? Preséntense todas en línea, la luterana, la calvinista, las protestantes todas, y con una sola pregunta las dejaremos confundidas. Esta pregunta será: ¿quien te fundó? A mí, responderá la una, me fundó Lutero; á mí Calvino, dirá la otra; á mí Sosisino, contestará ésta; á mí Fox, dirá aquella, y así podrán ir siguiendo todas; es decir, que su antigüedad sube á doscientos ó á lo mas á trescientos años, cuando la fundacion de la Iglesia Romana es del apóstol San Pedro, y la sucesion de sus pontífices viene por una cadena no interrumpida desde San Pedro hasta el actual Pontífice Pio IX. Este es un argumento que no tiene réplica, pues que se funda en un hecho que no pueden negar ni los mismos protestantes; y que á decir verdad, tampoco se atreven á negarlo.

CAPITULO XXIII

SE DAN ALGUNAS REGLAS PARA NO DEJARSE ENGAÑAR POR LOS PROTESTANTES, Y SE DESHACEN ALGUNAS DE LAS DIFICULTADES QUE ESTOS SUELEN PROPONER.  
¿Qué dicen, pues, los protestantes para encubrir su

apostasia? dicen que la Iglesia Romana se habia corrompido, que habia errado y que por tanto era necesario corregirla y reformarla, como que ellos se llaman á sí mismos "reformados," y á sus Iglesias "Iglesias reformadas." Como en semejantes disputas suelen aparentar los hereges mucho celo por la verdad y la virtud, es necesario estar sobre sí y no dejarse deslumbrar por palabras que nada significan, por racionios que nada prueban.

Es necesario tambien tener por sospechosas muchas de las relaciones en que ponderan los abusos y vicios, pues que el espíritu de secta y el odio profundo que abrigan contra la Iglesia Católica romana los arrastran con frecuencia hasta la calumnia; ya fingiendo lo que jamás ha eesistido, ya abultando y ennegreciendo lo verdadero.

El fiel católico, mayormente si no está bastante verificado en la historia, no debe entrar en cuestiones sobre si hubo ó no mas ó menos corrupcion en tal ó cual tiempo, en este ó aquel lugar, ni si tal ó cual eclesiástico ú obispo cumplió con sus deberes ó no; el modo mas espedito y mas juicioso de responder á semejantes dificultades es el contenido en semejante diálogo.

Dirá el "protestante:" en tal siglo habia tal y tal abuso, aun en Roma se veia este ó aquel esceso; los eclesiásticos no cumplian con sus deberes, se abandonaban al vicio.

*Católico.* Prescindiré de lo que haya de verdadero ó falso en lo que V. dice; pero quiero suponer que sea todo así; Jesucristo no dijo que fundase una Iglesia, en que todos los Papas fueran buenos, en que todos los obispos y eclesiásticos cumplieren siempre con sus deberes; lo que sí dijo es, que no permitiera que esta Iglesia errase, y que estaria con ella hasta la consumacion de los siglos; ¿qué tienen, pues, que ver los

vicios ni de los eclesiásticos, ni de los obispos, ni de los Papas, con la doctrina que ellos enseñan? Ellos están encargados de enseñármela; yo veo en ellos un enviado de Jesucristo; si son viciosos lo sentiré, me compadeceré de ellos, pero esto no me autoriza á apartarme de su doctrina. Jesucristo me dice que oiga á sus ministros, y no me advierte que no los haya de oír cuando sean malos.

*Protestante.* ¿Cómo es posible que Jesucristo para enseñarnos la verdad quiera nunca valerse de ministros malos? ¿Qué tiene que ver la santidad con el vicio, la luz con las tinieblas?

*Católico.* Vea V., cada cual mira las cosas á su modo: yo tan lejos estoy de estraiar lo que V. estrañá, que antes al contrario me parecería muy irregular que Jesucristo hubiese querido valerse solo de ministros buenos. Porque ó era menester en tal caso que hubiera estado haciendo continuamente un gran milagro, no permitiendo que en ningún tiempo y en ninguna parte del mundo ningún ministro de la Iglesia cometiese un solo pecado; ó bien era menester que nos diese una señal fija, para conocer cuáles eran los ministros pecadores, para saber que no habíamos de escucharlos. Ya sabe V., y lo sabe todo el mundo, que muchos pecados hay que pueden ser cometidos sin que lo sepa otro que el mismo que los comete: en tal caso, ¿qué remedio tendríamos? hubiera Dios de estar enviándonos de continuo ángeles para revelarnos que no escuchemos á tal eclesiástico, á tal obispo, porque ayer á tal hora cometió este ó aquel pecado.

¿No ve V. en qué confusión andaríamos de continuo si siguiéramos semejante doctrina? ¿No ve V., pues, cuán infundado es decir que la Iglesia Romana erró y que no debemos escucharla, fundado esto en los vicios de los eclesiásticos, de los obispos, ni aun

de los Papas; y aun suponiendo que sean tantos y tan graves como V. dice, y aunque lo fueran mucho mas?

*Protestante.* ¿Pero no es cosa bien dura la que sostenéis y practicáis vosotros los católicos, de sujetar el entendimiento en materias de fé al juicio de la Iglesia, es decir, de otros hombres?

*Católico.* Nosotros sujetamos nuestro juicio á la autoridad de la Iglesia, porque ella es la depositaria de la verdad, cuyo depósito le ha encomendado el mismo Dios, prometiéndole su asistencia para guardarla y enseñarla; de consiguiente sometiéndonos á la autoridad de la Iglesia, nos sometemos á la autoridad del mismo Dios.

*Protestante.* ¿Pero acaso no es bastante la Sagrada Escritura para saber todo lo que Dios ha querido revelarnos?

*Católico.* No Señor: y la mejor prueba son ustedes mismos los protestantes. Desde que se separaron de la Iglesia Católica, han estado apelando á la autoridad de la Sagrada Escritura, y han llegado á sacar tan en limpio la verdad, que al fin han logrado no entenderse, formándose tantas y tan variadas sectas, que no es fácil clasificarlas ni aun contarlas. La verdad es una, y siempre la misma; ¿cómo es posible, pues, que se halle la verdad en sectas que de tal manera entre sí discrepan y que cada día están variando de creencia? No puede darse mas sólida prueba de la falsedad de una regla, que el ser conducido por la misma á resultados falsos: y la regla de interpretar la Sagrada Escritura, ateniéndose únicamente al juicio particular de cada individuo, y no escuchando la voz de la Iglesia Católica, los ha conducido á ustedes los protestantes á tantos errores, que en la actualidad sería muy árdua tarea el empeñarse, no diré en refutarlos, pero ni aun en contarlos.

*Protestante.* Pues ¿á dónde podremos recurrir mejor que á la misma palabra de Dios?

*Católico.* Si la palabra de Dios fuese tan clara por todas partes, que no ofreciese dificultad alguna de modo que cualquiera pudiese entenderla sin peligro de equivocarse, entonces seria admisible el sistema de los protestantes; pero yo oigo decir que la Sagrada Escritura es un mar en que se pierden los hombres mas sábios; y ustedes mismos que se empeñan en tenerla por tan clara y tan fácil, nos dan una señal evidente de que no lo es, pues cada secta, y aun cada sectario, la entiende á su modo. Me parece á mí que si Jesucristo no hubiera dejado sobre la tierra una autoridad viviente para enseñarnos la verdad, apartarnos del error y aclarar nuestras dudas, nos habria dejado en una confusion tal, que no nos hubiera servido de mucho la luz de la verdad divina. Desde que Jesucristo vino al mundo han nacido de continuo sectas y mas sectas, que han enseñado los mas groseros y monstruosos errores, como V. no podrá negarme: ¿qué seria, pues; de la verdad, si nouviésemos á la mano una regla segura y fija por la que pudiéramos distinguir la verdad del error? Nosotros los católicos decimos que esta regla infalible es la autoridad de la Iglesia; lo decimos, y lo podemos probar con la misma Sagrada Escritura á que ustedes los protestantes apelan; y ademas, aun mirada la cosa á la sola luz natural, se ve que es tan conforme á la razon el que Jesucristo estableciese sobre la tierra un maestro que pudiera enseñarnos sin peligro de error, que si así no fuera, podria decirse que nos dejó sin certeza sobre lo mas necesario para nuestra salud, y que no acertó á fundar bien su Iglesia, lo que seria una blasfemia contra su bondad y sabiduría

## CAPITULO XXIV.

OTRO ARGUMENTO CONTRA LOS PROTESTANTES.

Aun prescindiendo de estas razones, cuya solidez no podrá menos de ser reconocida, siempre queda en contra de los protestantes una dificultad insoluble. Dicen que la Iglesia se habia de reformar, que se habian de corregir sus abusos y errores: pero yo preguntaré ¿si para ejecutar todo esto era necesario que aquel ó aquellos que acometieron tamaña empresa, fueran enviados de Dios, y que hubieran recibido del cielo tal encargo? es evidente que sí; porque, ¿quién se arroja á enmendar la obra de Dios sin ser enviado de Dios? Ahora bien: Lutero, Calvino, Zuinglio, Bucero, y todos los demas corifeos del protestantismo, ¿de quién tenían semejanste mision? ¿qué señales dieron de que fueran enviados del cielo? Nadie ignora que no hay en la actualidad un solo protestante instruido y juicioso que no se echara á reir si se le hablase de milagros ó de profecias, que apoyasen la autoridad de los pretendidos reformadores: todo el mundo sabe que la historia de estos hombres, funestamente célebres, es tan reciente, que no es dificil seguir su vida paso á paso, y manifestar que hay no poco de que tendrian que ruborizarse los que siguen sus doctrinas: ¿cómo se quiere pues, demos fé á sus palabras? ¿No vale mas atenerse á la autoridad de la Iglesia Romana, cuya fundacion data del tiempo de los apóstoles, y que en medio de tantas vicisitudes y contratiempos ha permanecido siempre inalterable enseñando una misma doctrina?

## CAPITULO XXV.

REGLAS DE PRUDENCIA QUE DEBE OBSERVAR EL CATÓLICO AL TRÁTAR DE LOS MISTERIOS.

Sucede á menudo que se argumenta contra la Reli-

gion, no atacando ni los milagros ni las profecias, ni la santidad de la doctrina, ni otra alguna de las señales que patentizan su divinidad; sino que se fija la cuestion sobre algun misterio, y se le toma por blanco de las impugnaciones. En tales casos es necesaria mucha discrecion, ó si no se corre peligro de salir desairado en la disputa. La razon es clara; el misterio, por lo mismo que es misterio, no puede ser explicado de manera que se presente á nuestra razon con toda claridad: y entonces prevaleándose el incrédulo de la oscuridad que debe por precision acompañar las esplicaciones del católico, llama falso lo que solo debe llamarse incomprendible. No sucederá esto, si el católico sabe colocar la cuestion en el verdadero terreno, lo que conseguirá fácilmente si tiene presentes las reflexiones que siguen.

En primer lugar, debe guardarse muy bien el católico de empeñarse en aclarar de tal modo el misterio, que pretenda no dejar en él ninguna oscuridad: esto sería negar al misterio la calidad de tal, pues si pudiéramos nosotros comprenderle y explicarle, dejaría para nosotros de ser misterio. Así es, que en tratándose del misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnacion ó de otro cualquiera, si bien no puede reprehenderse que procure aclararlos, ó con aquellos símiles que haya visto en el catecismo, ó con aquellas reflexiones que haya oido á personas sábias y religiosas, debe, sin embargo, andar en esto con mucho tiento, no sea que dando á los símiles ó á las reflexiones mas importancia de la que en sí tienen, pretenda que es una razon sólida lo que es tan solo una comparacion oportuna, ó una aclaracion plausible. Será bueno que ante todo proteste que él no entiende el misterio, que no pretende tampoco entenderle, que en el mismo caso se hallan todos los católicos, por lo mismo

que le reconocen como misterio. Será bueno tambien, en tratando con incrédulos, no detenerse mucho en los símiles ni otras razones de congruencia, y quizás no pocas veces sería muy saludable no echar mano de ninguno de esos medios, porque ó el incrédulo ó los otros que escuchan podrian creer que aquello se aduce como una prueba; y por otra parte, si el adversario es algo sagaz cuidará de atacar el flanco débil y si logra hacer vacilar la razon de congruencia, se jactará de haber hecho vacilar el misterio. Paréceme que lo mas prudente en tales casos sería adaptarse poco mas ó menos al método prescrito en el siguiente diálogo.

### CAPITULO XXVI.

MÉTODO PARA DISPUTAR CON LOS INCRÉDULOS SOBRE  
LOS MISTERIOS.

Dirá el "incrédulo" ¿cómo es posible creer las cosas que creen vdes? Tres personas, y sin embargo un solo Dios; un Dios hecho hombre; la sustancia del pan convertida en cuerpo de este Dios—Hombre; y otras cosas semejantes: á ver, ¿cómo me explica V. estos misterios?

*Católico.* Ningun católico pretende poder explicarlos ni entenderlos: reconocemos que son misterios, y por lo mismo ya confesamos que son incomprendibles.

*Incrédulo.* Pero y entonces, ¿cómo los creen vdes?

*Católico.* Es muy sencillo: los creemos porque nos consta que Dios los ha revelado.

*Incrédulo.* Pero esto de creer cosas que el entendimiento no alcanza, ¡qué mérito puede tener delante de Dios?

*Católico.* Si fueran cosas que las comprendiéramos con la sola razon, poco mérito tendría la fé: creyéndolas sujetamos nuestro débil entendimiento á la sabiduría infinita.



*Incrédulo.* Pero yo quisiera que V. me esplicase, por ejemplo, ¿cómo puede ser un solo Dios y tres personas?

*Católico.* No lo sabría explicar bien: repito que para mí es un misterio, le acato profundamente y me tendria por culpable si tuviese el orgullo de querer comprenderle.

*Incrédulo.* Vamos; esa sumision tan ciega del entendimiento en cosas que no comprende, me parece insupportable.

*Católico.* A mí me parece muy llevadera, y está muy lejos de parecerme ciega. Si V. me permite, le manifestaré cómo yo concibo esta sumision del entendimiento, y para el efecto me tomaré la libertad de dirigirle algunas preguntas.

*Incrédulo.* V. la tiene: le escucharé con mucho gusto.

*Católico.* Hay cosas que nuestro entendimiento no puede comprenderlas, y el no comprenderlas es razon bastante para negarlas?

*Incrédulo.* Esta es una pregunta tan general.... y tan vaga....

*Católico.* ¡Cómo general! ¡y cómo vaga! antes es muy precisa. No tema V., para manifestar que hay cosas que no podemos comprender, no me será necesario subir al cielo, ni descender á las entrañas de la tierra, ni atenerme á cosas generales y vagas; sino que aquí mismo tengo hechos que V. no podrá contestarme. ¿Ignora V. que el hombre casi nada comprende de todo cuanto le rodea? ¿nos comprendemos acaso á nosotros mismos? esos ojos con que vemos, el oido, el tacto, el olfato, el gusto, todos nuestros sentidos de que nos servimos continuamente, ¿sabemos acaso en qué consisten? ¿ha podido esplicarlo hasta ahora ningun filósofo del mundo? ¿no sabe V. que los mas gran-

des sábios andan á tientas cuando tratan de explicar los fenómenos mas comunes de la naturaleza?

*Incrédulo.* Efectivamente es así; la naturaleza está llena de arcanos; y nosotros mismos á nuestros ojos somos un gran misterio; pero, ¿qué infiere V. de esto?

*Católico.* Lo que infiero es, que hay muchas cosas que nosotros no las entendemos, y que el no entenderlas no es suficiente razon para negarlas; y que para creerse una cosa, la dificultad no debe ponerse en si la entendemos ó no, sino únicamente en si tenemos motivo para creerla ó no. Si bien se mira, eso que estraña V. tanto en los católicos lo esta viendo practicar por todo el mundo, y lo practica V. mismo todos los dias. Cuando nos cuentan que en tal país hay un animal muy extraño, que hay una mina muy abundante de este ó de aquel metal, que hay una planta rara de esta ó aquella naturaleza, que acaecen allí extraños fenómenos que no vemos entre nosotros; para creerlo ó no, nunca miramos si entendemos cómo se verifican aquellas extrañezas, y por qué causas, sino quien lo refiere, si la tal persona es digna de crédito, ya por su inteligencia, ya por su experiencia, ya por su veracidad; y tendríamos por ridículo al que saliera diciendo que no cree, por ejemplo, que en tal país tienen los hombres tal color, porque no consibe cómo esto pueda verificarse.

Haga V. la aplicacion á nuestro caso; cuando tratemos de misterios en una religion, lo que debemos mirar es, si efectivamente aquella religion tiene los caracteres de divina; y si los tiene, si nos constare que efectivamente nos ha venido de Dios, ¿qué importa que no entendamos los misterios? ¿Acaso Dios no sabe cosas que nosotros no podemos saber? ¿Y por qué no podria revelárnoslas? y dándonos él á conocer que en realidad es el mismo quien nos las revela, ¿quién po-

drá negar la obligacion que tenemos de creerlas? creemos á un hombre de bien, aunque nos refiera cosas que nosotros no entendemos, ¿y no creeriamos á Dios, que no puede engañarse ni engañarnos? Las señales de que nuestra religion es divina, las tenemos en los milagros, en el cumplimiento de las profecias y en varios otros hechos que no es necesario enumerar ahora; ¿qué mas queremos? ¿qué tiene, pues, de extraño nuestra fé?

### CAPITULO XXVII.

SE MANIFIESTA LA EKSISTENCIA Y LA NECESIDAD  
DEL SUMO PONTIFICADO.

Sucedec con frecuencia que los que tratan de combatir la Religion católica se abstienen de hablar contra el cristianismo; y aun á veces manifiestan un afectado respeto al catolicismo; valiéndose mañosamente de este medio para dirigirle un tiro mas recio y certero. Saben muy bien, que sin cabeza de la Iglesia, no hay catolicismo, y por esto procuran desacreditar el Sumo Pontificado presentando la supremacia de la Santa Sede como una cosa nada necesaria, como una usurpacion sobre la autoridad de los demas obispos. Por esta causa conviene tener á la vista algunas reflexiones con que se pueda responder á esa clase de enemigos de la Iglesia.

La idea del Sumo Pontificado, que tanto desconcierta á los protestantes é incrédulos como si fuera de una institucion monstruosa, es sin embargo lo mas sencillo, lo mas conforme á razon que imaginarse pueda. Decimos los católicos que el Papa es la cabeza visible de la Iglesia, es decir, que está encargado de gobernar todo el rebaño de Jesucristo en la tierra, dándole el pasto saludable de la buena doctrina, y guiándole por el camino de la eterna salud. Decimos que

la autoridad del Papa es superior á la de los Obispos, y que éstos deben respetarle y obedecerle, como que es puesto sobre ellos por el mismo Jesucristo. Dejando aparte las mucha pruebas que en favor de estas verdades podrian sacarse de la Escritura y de la Tradicion, nos limitaremos á algunas reflexiones que estén al alcance de todo el mundo.

Es un hecho constante que no puede subsistir ninguna sociedad grande ni pequeña, sin un gefe que la presida y la gobierne. En la familia hay la autoridad del padre; en las aldeas, en los pueblos, en las ciudades, en las provincias, hay sus alcaldes, sus gobernadores, sus gefes políticos, sus capitanes generales: en las naciones hay un rey y si son monarquías, ó bien si son repúblicas un presidente, un cónsul, &c., es decir un gefe, con uno ú otro nombre. Siendo, pues, la Iglesia Católica una sociedad estendida por toda la tierra, con sus doctrinas, sus costumbres, sus leyes, ¿es posible que esté sin un gefe? ¿puede concebirse que Jesucristo hubiese arreglado su Iglesia de tal manera, que no le hubiese dejado una autoridad para gobernarla? ¿habria tenido Jesucristo menos prevision y buena voluntad, que todos los demas legisladores, quienes al dar sus leyes á un pueblo jamas se olvidaron de crear una autoridad que cuidase de su observancia?

Se dirá tal vez que para esto son los obispos; pero es menester considerar que la autoridad de cada obispo se limita á su diócesis, y de consiguiente en tratándose de asuntos pertenecientes á toda la Iglesia, si no hubiese sino la autoridad de los obispos, estariamos sin autoridad competente. Se replica que para esto son los concilios generales á donde concurren ó al menos son llamados, los obispos de toda la Iglesia. Pero nosotros añadiremos que los concilios, por lo mis-